

EL LIBRO DE LA LUNA

¿Qué pasaría si tuvieses en tus manos un libro que relatase toda tu vida? Posee un principio y un final y no hay manera de cambiar tu historia. Solo tú puedes leerlo, ¿lo abrirías?

Esta es la historia de una chica llamada Lunarís, era la chica más bella de la isla. La apodaron así por sus ojos, eran negros como la noche y de ellos se desprendía un destello peculiar que solo ella poseía, lo que le hacía realmente especial. Todo el mundo estaba encantado con ella, a pesar de ser una chica tímida, se llevaba bien con los aldeanos y sobre todo con los animales.

La noche en la que iba a cumplir doce años, estaba más nerviosa que nunca. Para ella era "La Noche" y le era imposible conciliar el sueño. Por fin conseguiría su libro, era lo que más quería en este mundo, nadie tenía un libro igual a otro. La portada tenía ocho símbolos, los cuales representaban la personalidad y los gustos del portador, pero también sus defectos. Lunarís, de tanto pensar en el libro, se quedó dormida, junto a su pequeño oso de peluche.

A la mañana siguiente, Lunarís tenía el corazón a mil por hora, fue a recibir al gran y preciado libro que tanto ansiaba. Cuando se levantó, sus ojos dejaron de resplandecer durante un momento, su corazón dio un vuelco y después de un segundo angustioso, Lunarís comenzó a analizar la situación.

El libro no estaba, se suponía que todos los niños al cumplir los doce años tenían su libro a los pies. ¿Por qué ella era la única que no lo recibió? ¿Qué debió ocurrir?

Asustada, fue corriendo a la habitación de sus padres, los cuales la esperaban con alegría por haber recibido el libro que le cambiaría su vida, o eso es lo que ellos creían.

Cuando Lunarís les contó lo sucedido, ellos no supieron cómo reaccionar ante tal situación. Mientras iba relatando el problema, Lunarís no pudo contener las lágrimas. Por su suave y cálida mejilla rodó una gran gota de agua desde esos grandes y hermosos ojos negros que la caracterizaban.

¿Y si nunca conseguía el libro? No quería imaginarse el revuelo que esto causaría en la aldea, y lo peor de todo, Lunarís podía llegar a morir. El libro era la base de la vida de todos los aldeanos. Pronto la aldea se enteró, una cosa así nunca se había dado antes, o desde luego, no en mucho tiempo.

Al cabo de unas horas anocheció, y un anciano se dispuso a tocar la puerta de la afectada familia.

-Hola buenas- dijo el anciano.

El viejo hombre tenía el pelo canoso, sus ojos hipnotizaban, cada uno de ellos era de un color distinto. Utilizaba un bastón de madera y una capa de hojas grandes y verdosas.

LA LUNA

¿Qué pasaría si tuvieses en tus manos un libro que relatase toda tu vida? Posee un principio y un final y no hay manera de cambiar tu historia. Solo tú puedes leerlo, ¿lo abrirías?

Esta es la historia de una chica llamada Lunarís, era la chica más bella de la isla. La apodaron así por sus ojos, eran negros como la noche y de ellos se desprendía un destello peculiar que solo ella poseía, lo que le hacía realmente especial. Todo el mundo estaba encantado con ella, a pesar de ser una chica tímida, se llevaba bien con los aldeanos y sobre todo con los animales.

La noche en la que iba a cumplir doce años, estaba más nerviosa que nunca. Para ella era "La Noche" y le era imposible conciliar el sueño. Por fin conseguiría su libro, era lo que más quería en este mundo, nadie tenía un libro igual a otro. La portada tenía ocho símbolos, los cuales representaban la personalidad y los gustos del portador, pero también sus defectos. Lunarís, de tanto pensar en el libro, se quedó dormida, junto a su pequeño oso de peluche.

A la mañana siguiente, Lunarís tenía el corazón a mil por hora, fue a recibir al gran y preciado libro que tanto ansiaba. Cuando se levantó, sus ojos dejaron de resplandecer durante un momento, su corazón dio un vuelco y después de un segundo angustioso, Lunarís comenzó a analizar la situación.

El libro no estaba, se suponía que todos los niños al cumplir los doce años tenían su libro a los pies. ¿Por qué ella era la única que no lo recibió? ¿Qué debió ocurrir?

Asustada, fue corriendo a la habitación de sus padres, los cuales la esperaban con alegría por haber recibido el libro que le cambiaría su vida, o eso es lo que ellos creían.

Cuando Lunarís les contó lo sucedido, ellos no supieron cómo reaccionar ante tal situación. Mientras iba relatando el problema, Lunarís no pudo contener las lágrimas. Por su suave y cálida mejilla rodó una gran gota de agua desde esos grandes y hermosos ojos negros que la caracterizaban.

¿Y si nunca conseguía el libro? No quería imaginarse el revuelo que esto causaría en la aldea, y lo peor de todo, Lunarís podía llegar a morir. El libro era la base de la vida de todos los aldeanos. Pronto la aldea se enteró, una cosa así nunca se había dado antes, o desde luego, no en mucho tiempo.

Al cabo de unas horas anocheció, y un anciano se dispuso a tocar la puerta de la afectada familia.

-Hola buenas- dijo el anciano.

El viejo hombre tenía el pelo canoso, sus ojos hipnotizaban, cada uno de ellos era de un color distinto. Utilizaba un bastón de madera y una capa de hojas grandes y verdosas.

-¿Puedo ayudarte en algo?- Respondió la madre de Lunarís.

-Necesito hablar con vuestra hija, es urgente.

El hombre entró rápidamente dentro de la estancia y encontró a Lunarís llorando desconsoladamente.

-Tienes dos días- dijo el hombre lentamente.

-¿Cómo?

-Tienes dos días para conseguir el libro y yo sé dónde está.

-Pero... ¿dónde? - Lunarís estaba tan desesperada, que sin darse cuenta había elevado demasiado su voz, asustando levemente al anciano.

El viejo hombre le dio un mapa con las esquinas desgastadas. Había tres lugares en los que había señalada una equis.

-Debes seguir una ruta, en cada una de las marcas tienes que encontrar una figura de madera, te guiará a la siguiente marca, y lo más importante, debes emprender este viaje sola.

Lunarís aceptó y el hombre la acompañó hasta un camino solitario y oscuro. Debía empezar cuanto antes, de lo contrario, cada hora que pasase lejos de su libro, más fuerzas iría perdiendo. Realmente no sabía que hacer ni dónde encontrar las figuras, simplemente iba siguiendo la ruta marcada en el mapa. Estaba nerviosa, y sus manos temblaban ligeramente.

Después de unas horas caminando, decidió cerrar un momento los ojos y descansar unos minutos. Sentía la brisa de la noche, era fría, pero le gustaba. Sentía de una más profunda todas las partes de su cuerpo. Por unos instantes, se olvidó de sus preocupaciones y del libro.

Cuando despertó a la mañana siguiente, no se acordaba de cuándo se había dormido, pero se levantó apresuradamente y reanudó la marcha de nuevo. Ya había perdido demasiado tiempo.

Llegó al primer destino, era una aldea perdida. No sabía dónde tenía que encontrar la pieza. Un animal se acercó a ella, nunca había visto un perro como aquel. Tenía el hocico más largo de lo normal, poseía escamas plateadas en su lomo y tenía las orejas negras como el tizón. Ese precioso animal llevaba consigo la pieza que Lunarís necesitaba. Se lo dio con mucha amabilidad, como si hubiera recibido órdenes de alguna persona de la aldea, aunque se veía abandonada. El animal sabía que debía dárselo a Lunarís. Ésta, se despidió del animal con cortesía y reanudó su marcha. El perro la siguió con la vista hasta perderla en la lejanía.

La siguiente "X" no se encontraba demasiado lejos. Sacó unas galletitas y un zumo y se lo tomó rápidamente para seguir cuanto antes con el viaje.

Después de un largo tramo vislumbró un bosque oscuro y profundo. El mapa le dirigía hacia allí, aun así, ella se veía atraída por él y no tardó en entrar. La luz iba desapareciendo a medida que se adentraba en el bosque, hasta que llegó un momento en el que la luz no

existía en aquel lugar. Lunarís, por una extraña razón, no sentía ninguna clase de miedo al estar en aquel lugar en el que la oscuridad reinaba.

Llegó un momento en el que tuvo que guiarse a través del tacto. Iba tocando los troncos de los árboles y dejando un rastro con las ramas caídas con las que se tropezaba. Cuando sintió el tacto del último árbol se extrañó, solamente quedaba uno. Intentó retroceder, pero tampoco encontró árboles con los que poder guiarse. Solamente sentía el tacto de un árbol. De pronto, una voz extraña invadió sus oídos.

-¿Tienes algo para comer, joven?

Era la voz de una anciana. Lunarís sintió pena por aquella pobre mujer. Estaría perdida al igual que ella y no tendría que comer. Empezó a buscar en su mochila y lo único que llegaba a tocar era un bocadillo que guardaba para la cena. Decidió compartirlo.

-Gracias Joven. A cambio, te daré un objeto especial.

Era la segunda pieza, similar a la primera. Todas juntas deberían formar una luna celeste. Esta segunda pieza poseía una estrella en el centro de color dorado.

La anciana pronunció unas palabras extrañas que Lunarís no lograba descifrar. Cuando terminó de hablar, tocó con el dedo pulgar la sien de la chica, haciendo que cayese de golpe al duro suelo.

Cuando la niña despertó, se encontraba en un lugar oscuro, pero no más oscuro que el anterior. Lunarís pensó que podía ser el último lugar del mapa. Lo único que lograba ver era una pequeña piedra que brillaba bajo una luna resplandeciente, que llegaba a igualar la hermosura de los ojos de Lunarís. La noche era fría pero hermosa. Esa luna era especial, Lunarís se quedó observándola durante unos minutos, hipnotizada por su efecto. De pronto, vio caer de ella un objeto reconocible, cada vez, éste se iba haciendo más grande. Cayó suavemente sobre las palmas de las manos de Lunarís, haciendo que ésta chillara de emoción. se apresuró a juntar las tres piezas del puzzle; unos segundos más tarde, la estrella de la segunda pieza empezó a brillar y la luz se hizo cada vez más intensa. Lo que antes era la luna que había completado, se había convertido en una hermosa hada de cabellos azules.

-Toma, cuidala- dijo suavemente la hermosa criatura.

Lunarís no tardó en abrir el libro. Iba hojeando su propia historia, era magnífico cómo estaba relatado. Poseía cada mínimo pensamiento y recuerdo de su vida. El libro sabía absolutamente todo. Descubrió que las personas que le habían ayudado en su viaje eran producto de su personalidad. El perro, representaba el amor por los animales; la anciana, su amabilidad con las personas y la luna representaba su alma. La chica quiso leer su final, aunque supo que no debería. Las personas que leían su final eran los más tristes de la isla.

Antes de que comenzase a leer más de lo que había vivido, se dio cuenta de una cosa importante. La vida es demasiado bonita para leerla en un momento, en un instante. Lo que te puede proporcionar la vida es inimaginable. Vivir cada momento con ilusión es lo que hace a la existencia de uno mismo bonita. Cada día es una nueva página, una página llena de

aventuras, de retos y de ilusión. cada día se aprende algo nuevo, y eso es lo que aprendió Lunarís ese día, a vivir la vida con magia e ilusión.

Cerró el libro y decidió crear ella misma sus propias páginas día tras día.

PATRICIA PORTELA

2º PREMIO RELATO 2º CICLO ESO